



REVOLUCIÓN PASIVA Y TRANSFORMISMO EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA DEMOCRACIA EN BRASIL



ALBERTO AGGIO

Doutor em História Social pela Universidade de São Paulo (USP)

e Professor Titular da Universidade Estadual Paulista (UNESP)

albertoaggio@uol.com.br

ORCID-ID: 0000-0002-9095-1808



RESUMEN

Palabras clave:
Brasil; democracia; transición; autoritarismo; transformismo.

Keywords:
Brazil; democracy; transition; authoritarianism; transformism.

Este artículo busca analizar y reflexionar sobre el proceso de construcción democrática que Brasil ha experimentado en los últimos 40 años, es decir, de 1985 a 2025. Se trata de un estudio de historia política del tiempo presente. El objetivo es comprender la dinámica del proceso de construcción democrática desde la transición del autoritarismo hasta la toma de posesión del primer gobierno civil, encabezado por José Sarney, hasta el tercer mandato presidencial de Luiz Inácio Lula da Silva. Los conceptos de “revolución pasiva” y transformismo se utilizan como base de este análisis y guían una interpretación diferenciada del período.

ABSTRACT

This article aims to analyze and reflect on the process of democratic construction that Brazil has experienced in the last 40 years, that is, from 1985 to 2025. It is a study of the political history of the present time. The objective is to understand the dynamics of the democratic construction process from the transition from authoritarianism to the inauguration of the first civilian government, headed by José Sarney, up to the third presidential term of Luiz Inácio Lula da Silva. The concepts of passive revolution and transformism are used as the foundation of this analysis and guide a differentiated interpretation of the period.



REVOLUCIÓN PASIVA Y TRANSFORMISMO EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA DEMOCRACIA EN BRASIL

Abordar, desde un prisma político, el período 1985-2025 solo es posible, a nuestro entender, desde la perspectiva de la historia del tiempo presente. Y toda historia del presente es una historia política que trata de un tiempo que aún nos impacta porque, de alguna forma, los problemas políticos que allí nacieron siguen presentes. Los hitos temporales de esta historia son el fin de la dictadura y el tercer mandato de Lula da Silva, todavía en curso. Son cuarenta años de construcción democrática. Esta historia comienza, como sabemos, con la agonía y muerte de Tancredo Neves, después de ser elegido en el Colegio Electoral que sancionaba la sucesión presidencial en el período final de la dictadura, y la asunción de José Sarney en la presidencia de la República. La victoria en el Colegio Electoral concretó efectivamente la derrota política de la dictadura y la apertura de un nuevo período, que pasó a conocerse como “Nueva República”. Sustantivamente, es el período más longevo de la historia de la democracia brasileña.

La “Nueva República” significó para el conjunto de la sociedad la conquista de la libertad política plena para partidos, asociaciones y movimientos sociales, ampliando de forma inédita la participación política. Existe consenso entre la mayoría de los especialistas en que el período presenta avances, pero también grandes déficits en la cohesión social, en la democratización de la política y en la eliminación o incluso disminución de las desigualdades sociales.

Una primera síntesis del período 1985-2025 debería tratarlo, a nuestro juicio, como un objeto único por su unidad significativa. Podría entenderse inicialmente en cuatro dimensiones: (1) se trata de un período en el cual se conquista la democracia política, con pluralismo y alternancia en el poder, y la democratización logra avanzar en diversas dimensiones de la vida social; (2) no hay regresión al *status quo ante*; (3) se trata de un período virtuoso, de muchos cambios importantes; (4) es, sin embargo, un proceso inacabado, atravesado por impasses e “incompletitudes”, que revela tanto la permanencia de las lacras estructurales de la sociedad como las inconsistencias y fragilidades de la representación política democrática.

Resumamos estos dos últimos puntos. En primer lugar, un panorama de los grandes cambios del período debe comenzar por la Constitución de 1988, las elecciones ininterrumpidas en todos los niveles, la normalidad democrática, la libertad de circulación, de pensamiento y de asociación. Podemos seguir cronológicamente con la superación de la hiperinflación –el legado más pesado del régimen dictatorial–, el *aggiornamento* de Brasil a la globalización, la creación e implementación del SUS (Sistema Único de Salud), la reducción de la mortalidad infantil (en más de un 80 %) y de la pobreza extrema, ampliando en 10 años la esperanza de vida. Puede agregarse también la promoción de políticas públicas de carácter social, como Bolsa Escola, Bolsa Família, PROUNI, etc., y la



reducción de las desigualdades de género y raza. En el plano educativo, la universalización de la educación básica, la disminución del analfabetismo (a un cuarto del nivel de la dictadura), el establecimiento de una red de universidades públicas en todos los estados de la federación y la ampliación de la oferta de enseñanza superior privada; por último, la privatización de empresas estatales, estableciendo una nueva concepción en la relación entre lo público y lo estatal.

Sin embargo, pese al avance de la participación política, una nueva interrelación, más confiada y productiva, entre el Estado y los ciudadanos quedó a medio camino. Hubo pocas reformas en el plano político-institucional que acercaran al ciudadano a la política, a los partidos y, en consecuencia, al fortalecimiento de una cultura política democrática. El período también estuvo marcado por el avance de la corrupción, con una mayor divulgación de las lacras del sector público y de sus representantes, poniendo en jaque la visión de la sociedad sobre los políticos y la política. Otro punto de tensión fue el reconocimiento de que la cuestión militar fue abordada de manera insuficiente e incompleta –la Ley de Amnistía de 1979–, lo que hizo que, en el gobierno de Jair Bolsonaro, los militares pasaran a pensarse y actuar como un Estado dentro del Estado. En el plano social, hay que reconocer el aumento exponencial de la violencia y del crimen organizado, hoy una llaga abierta en la sociedad. Del mismo modo, es necesario señalar como problemático el avance del neopentecostalismo sobre la vida política. Por último, no se puede dejar de mencionar que la pobreza y la desigualdad social siguen siendo problemas dramáticos, pese a las iniciativas de los gobiernos democráticos para atacar esa cuestión. En suma, a pesar de los avances, el período revela más una sociedad desgarrada y de cohesión social frágil que una sociedad organizada como *civiltà* democrática, orgullosa de la obra construida en estos cuarenta años.

Para analizar este período es preciso estar atentos, sobre todo, a dos dimensiones importantes. La primera implica señalar, inevitablemente, las ganancias y conquistas, pero también las oportunidades perdidas. Por eso, es necesario verlo de manera crítica, incluso para hacer justicia a la lucha que se libró y para valorar los momentos clave en los cuales se superaron impasses que podrían haber bloqueado el camino de su construcción, pero también aquello que no prosperó y quedó atrás. Para comprenderlo mejor es preciso analizar el comportamiento de los actores políticos, principalmente los partidos, y ponderar sobre las decisiones que nos trajeron hasta aquí, cuyo resultado, en síntesis, superpone una baja autoestima por lo realizado con mucha desconfianza en el futuro de la democracia.

En segundo lugar, siguiendo la pista dejada por Luiz Werneck Vianna, es necesario traer a nuestro análisis una dimensión realista acerca de la política brasileña reciente, que el autor mencionado sintetiza así: Brasil tiene horror a la línea recta, dado que el trazo de preferencia nacional es el zigzag, sin que, incluso, los actores responsables de tales maniobras aclaren sus razones. Quienes deseen, entonces, comprender la dinámica



política compleja que de ahí emerge, a veces paradójicamente contradictoria, tendrán que lidiar obligatoriamente con ese “zigzag” y, en muchos casos, revisar algunas evaluaciones cristalizadas públicamente como “verdades absolutas”.

UN EJE INTERPRETATIVO PARA EL PERÍODO

La perspectiva analítica que adoptamos aquí fue la de no ceder a la tentación de leer la historia de este período como una “narrativa” unilateral, procurando abrir perspectivas analíticas ante su inquieta complejidad. Para ello, se estableció como objetivo central hacer una lectura crítica del comportamiento y de las estrategias de los principales actores políticos, con el fin de comprender las razones de sus elecciones, de sus renuncias, de sus vetos y de sus adaptaciones a los escenarios que se moldeaban ante ellos.

El punto de partida de la interpretación es el reconocimiento de que la superación del régimen dictatorial de 1964 anunció para la sociedad brasileña la posibilidad de un “cambio de época” que podría dejar atrás la política tal como venía siendo practicada por lo menos desde la década de 1930. No se trataba solo de superar la institucionalidad autoritaria del régimen militar, sino también de rasgos profundos de autoritarismo presentes en la sociedad brasileña, desde los surgidos en el período colonial hasta los que sostuvieron la modernización varguista impuesta a partir de los años treinta. Era un desafío que se presentaba a todos los actores políticos. Nunca se discutió tanto Brasil, su pasado y su destino. Así, en el curso de la transición a la democracia y, especialmente, desde 1985, los gobiernos democráticos estarían desafíados a enfrentar la tarea de reformar el Estado y ponerlo al servicio de una sociedad que demandaba un nuevo tipo de representación, con más espacios de autonomía para construir libremente estructuras de bienestar en un ambiente democrático cada vez más amplio.

Se sabía entonces que una superación histórica con esas características no ocurriría prescindiendo de las marcas estructurales e históricas que forman parte de la manera en que la sociedad brasileña se constituyó; al fin y al cabo, una sociedad que verdaderamente no conoció el significado de la palabra “revolución”. De este modo, en continuidad con el patrón histórico que caracterizó la formación social brasileña, el cambio y la conservación también marcarían la trayectoria de la “Nueva República”.

La clave analítica que detectó, históricamente, el predominio de la conservación sobre el cambio, es decir, el hecho de que políticamente la conservación dirigía y controlaba el cambio, caracterizó ese proceso como revolución pasiva. En estos casos, la revolución, como expresión de cambio, continuaría procesándose, pero de manera enteramente distinta, en sus múltiples modalidades registradas por la historia, sin poder sin embargo darle un nombre, porque se trata de un criterio de interpretación y no de la caracterización de un acontecimiento histórico.



La formación social brasileña es expresión y resultado de una modalidad de revolución pasiva que cuenta con variaciones y resignificaciones según los períodos de su historia. Identificada como longeva, la “revolución pasiva a la brasileña” atraviesa la historia del país desde la construcción del Estado nacional tras la Independencia de Portugal, pasa por el retraso en la liberación del trabajo esclavo, así como por la adopción del régimen republicano sin concurso popular, además de dar sustento a la opción por la industrialización, con la consecuente represión y control político-social de las clases subalternas. En ese largo proceso, por regla general, la conservación dirigió el cambio.

La inversión de los términos que componen ese paradigma, en la cual el cambio se calificaría para dirigir la conservación, superándola obviamente y estableciendo una nueva síntesis –aunque sin eliminarla de un solo golpe–, constituye la resolución de un enigma que siempre desafió y aún desafía a los actores políticos inclinados a promover el establecimiento de la modernidad en la sociedad brasileña. Si algo anima las reflexiones que aquí desarrollamos es la ambición de contribuir a la comprensión de cómo ese enigma podría ser descifrado en términos teóricos y prácticos, teniendo la historia política reciente de Brasil como escenario y objeto de análisis.

Luego de presentar una síntesis contextualizada del período y un cuadro básico de su perspectiva interpretativa, podemos ahora avanzar hacia una segunda síntesis. Después de 40 años, la conclusión a la que se puede llegar es que la grandiosa tarea de llevar adelante ese “cambio epocal” no logró ser aprehendida en toda su integridad por buena parte de los actores políticos involucrados en el proceso de construcción de la democracia.

En la construcción democrática vivida por Brasil, el criterio de interpretación surgido de la teoría de la revolución pasiva permitió reconocer (1) avances, siempre a la sombra de arreglos e imposiciones normativas de enfriamiento de la participación democrática, para finalmente emerger amenazas concretas de actores antidemocráticos; pero también revelar (2) la incapacidad de los nuevos seres sociales de hacerse representar activamente en la política institucional y dirigirla democráticamente a partir de una orientación transformadora de carácter histórico –como afirmó Luiz Werneck Vianna, la democratización se configuró concretamente como un “proceso en busca de un actor”–; y, por último, (3) puso de manifiesto bloqueos importantes en la generalización de una cultura política democrática en el seno de la sociedad, haciendo que la conservación retomara, al final del período, su lugar como actor desafiante de la continuidad del cambio, es decir, de la permanencia y el avance de la democracia.

EL PROBLEMA DE LA TRANSICIÓN

El eje interpretativo resumido arriba tomó el régimen dictatorial de 1964 como el inicio de su trayecto reflexivo para poder explicar que el proceso de transición había planteado un



problema mucho más amplio y profundo, esto es, la necesidad de un cambio estructural de la sociedad brasileña a partir de la conquista de la democracia y del avance del proceso de democratización. La transición plantearía, por lo tanto, cuestiones más allá de la democracia formal y procedural, sin renegar en ningún momento de esa dimensión. Desde el inicio estaba claro que la ruptura con el régimen militar iba más allá de la dimensión institucional, pero necesitaba visceralmente de ésta para seguir su curso. En suma, sería necesaria la construcción histórica de una nueva relación entre lo social y lo político.²²

La transición que resultó en la superación del régimen dictatorial de 1964 no se dio mediante un proceso revolucionario, insurreccional o incluso de ruptura institucional. Se configuró como una derrota política del régimen y de su proyecto de autorreforma, y fue impulsada por la sociedad civil organizada, con amplia participación popular, desde mediados de los años setenta hasta la victoria en el Colegio Electoral, en 1985. El proceso de transición amplió y sobre pasó los límites de la “liberalización” del régimen y culminó con la conquista de un gobierno de transición, con José Sarney en la presidencia. Con él, en seguida, vinieron la Constituyente y la nueva Constitución de 1988, así como las elecciones directas para presidente en 1989. El conjunto de leyes de represión y de restricción política del régimen dictatorial, el llamado “entullo autoritario”, fue sepultado. Con la implantación de un nuevo orden político y jurídico de perfil democráticamente avanzado para la historia del país, de inaudita ampliación de los derechos de ciudadanía, la transición a la democracia no puede caracterizarse como una transición conservadora.

Con los gobiernos de Fernando Henrique Cardoso (FHC), del PSDB, la democracia se encuentra con la demandada reforma del Estado. Ese encuentro resultó en la superación de la hiperinflación, con el éxito del “Plan Real”. Elegido presidente de la República en 1994 y reelegido en 1998, sus dos gobiernos introdujeron elementos de renovación institucional y funcional del Estado, definidos por su perfil “modernizador”, además de un fuerte impulso a las privatizaciones y una vigorosa integración al proceso de globalización entonces en curso. Esas iniciativas no sufrieron regresión al estadio anterior en los gobiernos del PT que le sucedieron a partir de 2003.

La tenaz resistencia a las reformas modernizadoras de FHC por parte del Partido de los Trabajadores (PT) puede entenderse como una de las oportunidades perdidas por la izquierda brasileña durante el proceso de construcción de la democracia. El resultado fue que la izquierda brasileña no se dispuso a “socialdemocratizarse” y, de ese modo, actualizarse al mundo globalizado, bajo el impacto de grandes transformaciones tecnológicas. Como derivación, la izquierda brasileña dejó de asumir una función de dirección en la revolución pasiva de la era de la globalización, con petistas y peessedebistas enfrentándose en una polarización estéril. Se abrió un vacío de hegemonía que redundaría en costos políticos enormes para el país, permitiendo que, en conjunturas



posteriores, la derecha más extremada levantara la cabeza y pasara a disputar el centro del poder.

A pesar de esa fractura entre fuerzas democráticas, no se puede dejar de reconocer que, incluso con el enfrentamiento entre PSDB y PT, sus “dos gobiernos” en secuencia, es decir, de 1994 a 2010, produjeron resultados decisivos para la consolidación y el avance de la construcción democrática. Más que dos mandatos, fueron efectivamente “dos gobiernos” en sentido amplio, sólidos y exitosos que, aun reconociendo las aproximaciones y distanciamientos entre ambos, los períodos de Fernando Henrique Cardoso (1994-2002) y de Luiz Inácio Lula da Silva (2003-2010) dejaron herencias y fueron capaces de proyectar continuidades, incluso después de que abandonaran la presidencia de la República.

REVOLUCIÓN PASIVA Y TRANSFORMISMO

La modalidad de revolución pasiva que definió históricamente la formación social brasileña estableció la modernización como su curso predominante, y no los valores que protagonizaron lo moderno en sí, es decir, lo que comúnmente llamamos modernidad. Como afirmó Luiz Werneck Vianna, la modernización se impuso en la formación social brasileña evitando la “drástica remoción del atraso” y afirmándose “por la vía recesiva del transformismo, bajo la dirección de un Estado que trajo para sí la administración de un compromiso entre las élites industriales emergentes y las agrarias”.

El transformismo es un neologismo creado y pensado como una categoría de análisis de la política contemporánea que busca comprender la práctica política de determinados actores tanto en la transformación como en la normalización de los procesos de cambio histórico, sobre todo aquellos que repercuten en la implantación de lo moderno en la estructura social. Expresa, en el plano de la política, la dinámica y el sentido de los cambios históricos. El transformismo expresa dinámicas de transformación que se distinguen de los momentos concentrados de transformación histórica presentes en las revoluciones. El transformismo emerge en contextos de revolución pasiva, pero no depende exclusivamente de la existencia de la revolución pasiva para producirse. En contextos de revolución pasiva, la estrategia de los actores y las dinámicas de transformación se muestran siempre dependientes del mantenimiento de elementos de conservación existentes en la sociedad, que pasan a adquirir relevancia política. Por último, en situaciones en las cuales el transformismo aparece desconectado de un proceso de revolución pasiva, lo más probable es que la escena política sea tomada por un conjunto de acciones de carácter reaccionario que, como observó Antonio Gramsci, termina por generar “síntomas mórbidos” que corroen, de manera más o menos profunda, el organismo social.

Mientras que las modalidades de revolución pasiva pueden interpretarse como procesos objetivos que acaban estableciendo un sentido histórico para los cambios en curso, el



transformismo asume formas extremadamente variadas, en general recesivas, envueltas en dinámicas de avance y retroceso de los procesos de transformación. Por ser una dinámica política dependiente e impulsada por actores vocacionados a la conquista, conducción y conservación del poder, el transformismo debe comprenderse como un proceso y una dinámica política que no presupone una visión moral, ni desde el punto de vista de los actores ni desde el punto de vista del analista. Lo que importa esencialmente es la comprensión de su dinámica y de su naturaleza histórica, más regresiva o más progresista.

En Brasil, el transformismo expresa una permanente *aggiornamento* de las clases dominantes, con el objetivo de reproducir su poder. Pero, en función de los procesos de cambio económico-social, también abre espacio para el movimiento de las clases subalternas, dando curso a un “transformismo activo”, en el cual cambiar, por lo menos desde los años sesenta en Brasil, se impuso sobre conservar, por la fuerza de la energía del movimiento de los individuos pobres que rompen con el estatuto de su dependencia personal y se constituyen en portadores de intereses propios, intentando traducirlos en derechos y en ejercicio de ciudadanía, en eso que viene traduciéndose como la “americanización por abajo” de la sociedad brasileña.

La democracia en el período previo a 1964 vivió las tensiones propias de la intersección entre un “transformismo recesivo” de las clases sociales que se adueñaban del Estado y un “transformismo activo” proveniente de las clases populares, hasta que ya no fue posible sostener una perspectiva de reformas que conciliara esas dos dimensiones. El reformismo de los actores políticos que protagonizaron los llamados “años dorados” de finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta no soportó las tensiones provenientes de esa intersección entre los dos transformismos.

Pero podemos señalar otras manifestaciones históricas del transformismo en Brasil. Después de la primera década del régimen autoritario, la estrategia de resistencia y de transición del PCB en el proceso de redemocratización retomó y reconfiguró, de alguna forma, el transformismo positivo, al apostar por el fortalecimiento del Movimiento Democrático Brasileño (MDB) contra el régimen autoritario por la vía de la política –a diferencia de quienes adoptaron la lucha armada–, lo que contribuyó a cambiar la historia del país. En otra dimensión, dos décadas después, el “Plan Real” y las reformas modernizadoras del Estado conducidas por FHC, actualizando la economía brasileña a la globalización triunfante del pasaje del siglo XX al XXI, cumplieron el mismo papel. Por último, bajo Lula, el curso del transformismo llevó lo moderno a asumir dimensiones sociales hasta entonces inéditas en un país como Brasil, manteniéndose el patrón de las reformas modernizadoras del gobierno anterior.

En síntesis, las principales transformaciones que se derivan de la construcción democrática de la “Nueva República” se realizaron por medio de transformismos, todos



ellos expresados en coaliciones políticas y de gobierno que se articularon en torno a sectores tanto “progresistas” como “conservadores”.

PT, PETISMO Y TRANSFORMISMO

La trayectoria del Partido de los Trabajadores (PT) ha sido analizada, invariablemente, a la luz de un dilema más ideologizado que real, es decir, la distancia entre sus orígenes contestatarios y su posterior arraigo institucional como fuerza política integrada al nuevo orden democrático posdictadura. Diversos autores han interpretado ese proceso a partir del concepto de transformismo –entendido, de acuerdo con Antonio Gramsci, como absorción de las fuerzas subalternas por las élites dirigentes y neutralización de su potencial transformador–.

Esos análisis se sostienen con base en una lectura esencialista y teleológica: el PT habría sido “otra cosa” en su inicio –revolucionario, socialista, autónomo– y, al conquistar sucesivas victorias electorales y, por fin, el poder de Estado, se habría transformado en un partido del orden. No hace falta decir que Lula y el lulismo desempeñan un papel central tanto en la trayectoria del PT como en esa lectura.

La hipótesis aquí desarrollada propone no solo una inversión de ese punto de vista, sino una nueva lectura: el transformismo no es desvío ni traición, sino que está en la raíz y en la evolución de la cultura política petista, expresión de su lógica de formación y crecimiento. Esta lectura desplaza el debate de un abordaje moral –pureza versus adaptación– hacia el análisis de los mecanismos de producción de legitimidad que sostienen al PT y al lulismo, así como de los matices en el interior de su cultura política.

PT y lulismo se afirmaron a la estela de los gobiernos de FHC, pero en contrapunto con ellos. Los gobiernos de FHC estaban insertos en una conjuntura en la que, internamente, a partir de la Constitución de 1988, fue posible un amplio proceso de conquista de derechos, la superación de la hiperinflación, el enfrentamiento de la pobreza, etc., y, desde el punto de vista internacional, estaban insertos en la globalización triunfante de finales del siglo XX. El período FHC abrió e instauró un nuevo tiempo en la historia política brasileña a partir de una “ruptura a fuego lento”, que perdió impulso y no consiguió, como actor principal, seguir implementando su política de creación de un nuevo *ethos* para ese nuevo tiempo. Otro actor vendría a ocupar ese lugar, asumiendo la tarea de actualizar el país al mundo del capitalismo globalizado.

Con FHC se adoptó la vía de un transformismo débil, imponiendo elementos correctivos a la vigorosa ola de democratización precedente, que terminó convirtiéndose en una política de largo aliento. El PT y el lulismo darían continuidad a ese transformismo mediante mecanismos y valores propios que nacieron de lo social y se consolidaron en el terreno permanentemente disputado de la vida democrática.



El PT nace, a finales de los años setenta, en un contexto de apertura política y crisis de paradigmas. En su origen, el PT articuló liderazgos del “nuevo sindicalismo”, cristianos de izquierda y exguerrilleros de la aventura armada de las décadas de 1960 y 1970. Además de esos sectores, ganó la adhesión de movimientos sociales e intelectuales de las universidades públicas.

Desde su origen, el partido verbalizó su crítica radical al orden político autoritario y a la llamada “vieja política”, alejada de las bases sociales. La retórica radical de defensa de los intereses sociales de las capas populares convivió siempre con la apuesta estratégica por la vía electoral e institucional. Retóricamente, el PT cargaba una visión corrosiva de la historia brasileña y pretendió una refundación del país. Esa aparente ambigüedad no es episódica ni coyuntural: constituye el motor de su crecimiento electoral y no puede entenderse como una posterior acomodación a las exigencias del poder, sino como forma fundante de acción política, marcada por la oscilación entre lo ético y lo pragmático, entre la dimensión movilizadora y la institucional. Es a partir de esa tensión constitutiva que el PT se convirtió en el partido de masas más longevo del Brasil democrático.

Desde el inicio, el PT adoptó una política de afirmación de su atrincheramiento en lo social, colocándose como hostil al encaminamiento de la transición democrática y de la construcción del nuevo orden democrático llevado a cabo por los gobiernos democráticos a partir de 1985. Desde lo social buscó establecerse como un polo externo a la construcción democrática, posicionándose contra la elección de Tancredo Neves en el Colegio Electoral, contra la aprobación de la Constitución de 1988 y como un crítico radical de la implementación del Plan Real, que exterminó la hiperinflación que asolaba el país.

Esa postura puede explicarse mediante la indagación sobre los fundamentos de la cultura política del petismo. Una cultura política insólita y específica que se articula en torno de tres dimensiones que se combinan y se alternan según las coyunturas políticas, a saber: el rechazo de la política y de los políticos, la economía del afecto y la cultura de la elección racional.

RECHAZO: LO SOCIAL Y LA ANTIPOLÍTICA

El PT emerge de una crítica moral a la política vigente. El discurso de distinción entre “nosotros”, representantes del pueblo puro y honesto, y “ellos”, los políticos corruptos, fue central en su narrativa fundacional. Ese rechazo funcionó como operador simbólico de diferenciación y como recurso de movilización popular, otorgando al partido una identidad ética. La postura antipolítica presente en el origen del PT caracterizaba a los dirigentes de los gobiernos democráticos posteriores a 1985 como idénticos a los del régimen autoritario.



Con el tiempo, a medida que el PT se convierte en parte del sistema al que antes criticaba, esa dimensión se atenúa, pero no desaparece. Reaparece siempre en momentos de crisis –como tras el “Mensalão” y la “Lava Jato”–, reafirmando la idea de pureza moral frente a la política tradicional. Aquí el rechazo no es solo retórico, es la instrumentalización de un sentimiento popular respecto de la política, que desconfía de las élites y valora la autenticidad moral como criterio de representación.

LA ECONOMÍA DEL AFECTO

El segundo elemento –la economía del afecto– se refiere a la construcción de un vínculo emocional entre el líder (Lula), el partido y “los de abajo”. La empatía y el reconocimiento recíproco sustituyen la mediación ideológica clásica, fundando una relación de lealtad política basada en afectos e identificaciones simbólicas.

Hay una dimensión emocional y simbólica en la economía del afecto que sanciona el liderazgo de Lula como representante legítimo de “los de abajo”. Además de ese elemento simbólico, la economía del afecto se traduce materialmente en el asistencialismo de las políticas públicas e incluso en la preocupación esencial por la elevación de la renta de los sectores populares (salario mínimo, crédito popular, etc.). Incluso en períodos de desgaste, el vínculo afectivo permanece como base de resiliencia política. Se trata, por lo tanto, de una cultura política en la que sus elementos identificadores no se asientan en una ideología, sino en una reciprocidad de afectos cuyo vector se exemplifica en su liderazgo mayor.

LA CULTURA DE LA ELECCIÓN RACIONAL

La tercera dimensión es la cultura de la elección racional, consolidada con el éxito electoral del partido desde los años noventa. La vía electoral pasa a ser percibida no como táctica, sino como estrategia exclusiva de transformación social. El cálculo político-electoral y la gobernabilidad se vuelven principios de legitimación: ganar elecciones y gobernar hace desaparecer cualquier vínculo con retóricas de ruptura.

Esa racionalidad electoral –que se confunde con la racionalidad de Estado–, aliada a la economía del afecto, confiere al PT una flexibilidad singular: le permite negociar alianzas *a priori* sin grandes restricciones y preservar el vínculo popular. A partir de ella, el PT “hace política” buscando siempre neutralizar a quien pueda parecer más próximo a él y obteniendo apoyos o cooptando provisionalmente actores del centro o incluso de la derecha del espectro político.

Más que adaptación al sistema, el transformismo puede sostenerse en la combinación del moralismo ético del rechazo, con el vínculo emocional del afecto y el cálculo racional de la elección en el plano de la política electoral y gubernamental. Distante de las doctrinas, el



transformismo dio plasticidad al PT en la acción política, valorizada como una imagen positiva –independientemente de cualquier juicio– que permite a Lula autodefinirse con frecuencia como una “metamorfosis ambulante”. Movilizado por esa cultura política insólita, el partido rehusó todas las injunciones ideológicas del mundo de la izquierda, sin necesidad de negarlas, para alcanzar, al fin, su “momento Maquiavelo”. En síntesis, el transformismo permitió que el PT realizara un movimiento de desplazamiento de la sociedad civil hacia el Estado, un movimiento, hasta donde se puede percibir, sin retorno.

Se vuelve comprensible, a partir de este análisis, la constatación hecha por Werneck Vianna de que “desde el punto de vista del actor, el balance de estas dos décadas, por las fuertes oportunidades perdidas, no puede evitar el tono melancólico. No se le cobraba heroísmo, sino la simple firmeza en la sustentación de las convicciones ya declaradas, incluso si, en el plano de la ética de la responsabilidad, tuviera que soportar la disciplina de su autocontención, que, bien justificada, seguramente encontraría quien la comprendiera. Pero no fue así”.

Cristalizado en las entrañas de lo social, el PT siempre lo entendió como una trinchera desde la cual atacar lo político. Este último, en esa lectura, avanzaba hacia la democracia por la fuerza de la gravedad, como un hecho natural, no como una construcción con múltiples mediaciones. Por los contenidos de su cultura política reseñados arriba, el transformismo no significó una asimilación pasiva, sino una interacción activa con los subalternos, aunque por esos mismos contenidos bloqueó la posibilidad de construcción de una hegemonía que diera vuelta al revés la política brasileña. Fue una oportunidad más perdida en el sentido de construir un Bloque por los Cambios, un Bloque Reformista, claramente perfilado con fuerzas políticas con objetivos sociales y políticos próximos a los del PT. Las alianzas de gobierno patrocinadas por Lula, siempre limitadas a la cooptación de sectores políticos diversos, en general tendentes a la derecha –especialmente en el tercer mandato–, explicitan ese resultado de manera bastante clara.

Tratado como una especie de patología, mientras los análisis tradicionales buscaron “corregir” el transformismo del PT en nombre de una pureza perdida, la interpretación aquí presentada admite reconocerlo como producto de las condiciones históricas y simbólicas de la sociedad brasileña. El transformismo dio fuerza al PT y al lulismo, pero también se encuentra en la razón directa de sus fragilidades y límites. Así, comprender hasta qué punto el PT asumió y puso en práctica el transformismo es comprender, monográficamente, la forma específica en que Brasil vivió –y sigue viviendo– su experiencia democrática.

REFLEXIONES FINALES

Pero es preciso ver todo esto con mayor profundidad, levantando algunos otros aspectos. El régimen autoritario de 1964 dejó legados y secuelas con su estrategia de modernización



acelerada, despreciando el crecimiento de las desigualdades sociales. En ese contexto, la eclosión de la lucha por derechos de ciudadanía en el proceso de democratización dio salida a un individuo únicamente apasionado por su interés. Fue célebre una propaganda televisiva de la época en la que el mediocampista de la selección brasileña de fútbol, Gérson, al elogiar los cigarrillos Vila Rica, aparecía diciendo: "Me gusta sacar ventaja en todo, ¿cierto? Saque ventaja usted también. ¡Lleve Vila Rica!". Esa publicidad tuvo una enorme repercusión porque sintetizaba el espíritu de la picardía individualista y el desencanto ético que caracterizarían la sociabilidad urbana del período. La llamada "Ley de Gérson" se popularizó, transformando el interés individual en virtud, sustituyendo la ética cívica por la astucia personal.

El PT reconoció a ese nuevo individuo que venía "desde abajo" y dio legitimidad al tipo de interés que manifestaba. En cierto sentido, el PT fue su representación política. Junto con la reorganización de masas, de los sindicatos, de las asociaciones de todo tipo, de los movimientos sociales urbanos y rurales, etc. A partir de esa intensa movilización, un *ethos* comenzó a manifestarse incisivamente, instituyendo una lógica de acción social que no podía ser ignorada y que se expresaba por el espíritu así traducido: "yo quiero lo mío!". Era la esencia del liberalismo de "los de abajo" pidiendo paso. Ese movimiento, visto y sentido como una expresión natural, fue volviéndose generalizado. El PT le dio paso y, mínimamente, lo controló, pero no lo dirigió políticamente. En el PT se entendió, de forma instrumental y con énfasis en el plano electoral, que el sistema del orden más la fabulación retórica del desorden (una versión de la antipolítica) podría hacerse cargo de aquel movimiento para siempre.

Pero el tiempo no pasó en vano. El presente es un tiempo de muchas resignificaciones en el cual la derecha más extrema es caracterizada como rebelde, un calificativo propio de la izquierda revolucionaria de las décadas de 1960 y 1970. El escenario de nuestro presente ni siquiera es el de la globalización triunfante del inicio del siglo XXI. El diálogo y la representación casi automática de la clase trabajadora se han vuelto más difíciles. El mundo del trabajo actual lleva consigo, ahora mucho más que antes, una aspiración individual emprendedora, aunque mantenga la misma lógica anti-Estado de los años setenta.

De ahí emerge un "transformismo sin revolución pasiva" que viene marcando el tercer mandato de Lula y que nace de esa deriva. Eso termina generando malestar, desorientación e incapacidad de trazar un rumbo nuevo para el país. El escenario del tercer mandato es, por lo tanto, de vacío de hegemonía. Es el resultado de decisiones políticas que atravesaron estos últimos cuarenta años y que tienen mucho que ver con lo que el PT puso en práctica, explotando el enfrentamiento entre el "espíritu de las instituciones" y la manera como los "jugadores" se comportan. Lo que produjo un rechazo de ambos, permitiendo la radicalización contra las instituciones democráticas y, simultáneamente, la desconfianza respecto de todos los actores políticos. En lo esencial



de estos cuarenta años, el PT puede celebrar su victoria, pero fue un “mal jugador” y el resultado no podría ser otro: la ascensión de la extrema derecha con su lastre de amenazas de ruptura con la democracia.

El tiempo de las fabulaciones se ha agotado porque el país ha arribado definitivamente al tiempo del orden burgués consolidado. La metafísica de la democracia de los tiempos del inicio de la transición sucumbió ante la física de los intereses que, desde lo social, invadió la esfera de la política y, sin una cultura política que fortalezca la democracia, ahora se degenera en acciones políticas, en el Parlamento y fuera de él, que solo tienen ojos para los negocios de la política.

La crisis de hegemonía que presenciamos al final del período de cuarenta años de la democratización brasileña asume, por lo tanto, un carácter dramático en sentido invertido al inicio del período. El drama, al principio, era luchar e incluso morir para conquistar la democracia; hoy es salvarla de las amenazas a su derrumbe. Los partidos de extracción democrática comienzan a distanciarse de la agenda democrática consagrada por la Constitución de 1988. Se ha terminado estableciendo un nuevo tipo de transformismo, con partidos políticos preocupados solo por el fortalecimiento del poder personal de su élite dirigente, sin ninguna responsabilidad con la eficacia o el éxito de las políticas públicas. Es notorio que todos los partidos fueron capturados por la “transa” política y ya no se orientan por programas, sino por intereses particulares y narrativas guiadas por encuestas electorales y por la audiencia de las “burbujas” en las redes sociales.

Ese nuevo tipo de transformismo emerge desconectado de cualquier modalidad de revolución pasiva. Se trata de un transformismo que, si se impone, podrá hacer retroceder peligrosamente los avances democráticos y civilizatorios de los últimos cuarenta años. El transformismo de la “transa” política se ha configurado como un elemento más corrosivo para nuestra democracia y más amenazador que el fallido intento de golpe de 2023 que pretendía suprimirla.

No fue casual que, en sintonía con lo que ocurre en el mundo, la extrema derecha que había salido de las sombras a las que la lucha contra la dictadura la había relegado llegara a la presidencia de la República con Jair Bolsonaro en esas nuevas circunstancias, poniendo la democracia bajo presión y amenaza. Incluso habiendo perdido el poder a partir de 2022, sigue detentando la mayor parte de los escaños en el poder legislativo. Una extrema derecha que, aliada a una parte de los militares “olvidados” después de la democratización, intentó un golpe que, de haber tenido éxito, habría, ahí sí, puesto fin a la “Nueva República”.



REFERENCIAS

- Aggio, A. (2023). O paradoxal e iluminante conceito de “revolução passiva”. En *Ainda respira: A democracia sob ameaça* (pp. 121–129). Appris.
- Aggio, A. (2025). *A construção da democracia no Brasil, 1985–2025*. FAP/Annablume.
- Amaral, O. E., do. (2013). *As transformações na organização interna do Partido dos Trabalhadores entre 1995 e 2009*. Alameda.
- Coelho Neto, E. T. (2012). *Uma esquerda para o capital: O transformismo dos grupos dirigentes do PT (1979–1998)*. Xamã/UEFS.
- DaMatta, R. (1979). *Carnavais, malandros e heróis: Para uma sociologia do dilema brasileiro*. Zahar.
- Gramsci, A. (1975). *Quaderni del carcere* (Vol. 3). Einaudi.
- Müller, V. (2025, marzo 26). Os maus jogadores da Nova República e os 40 anos de democratização. *Estado da Arte*. <https://estadodaarte.estadao.com.br/historia/os-maus-jogadores-da-nova-republica-e-os-40-anos-de-redemocratizacao/>
- Oliveira, F. (1972). *Crítica à razão dualista*. Cebrap.
- Singer, A. (2012). *Os sentidos do lulismo: Reforma gradual e pacto conservador*. Companhia das Letras.
- Stefanoni, P. (2022). *A rebeldia tornou-se de direita? Como o antiprogressismo e a anticorreção política estão construindo um novo sentido comum (e por que a esquerda deveria levá-los a sério)*. Editora Unicamp.
- Weller, L., & Limongi, F. (2024). *Democracia negociada: Política partidária no Brasil da Nova República*. FGV Editora.
- Werneck Vianna, L. (1976). *Liberalismo e sindicato no Brasil*. Paz e Terra.
- Werneck Vianna, L. (1997). *A revolução passiva: Iberismo e americanismo no Brasil*. Revan.
- Werneck Vianna, L. (2006). *Esquerda brasileira e tradição republicana: Estudos de conjuntura sobre a era FHC–Lula*. Revan.
- Werneck Vianna, L. (2011). *A modernização sem o moderno: Análises de conjuntura na era Lula*. Contraponto/FAP.

